

trazado de antemano. Bastaba para ello que las naciones hispano-americanas planteasen a la Asamblea el problema de la admisión de Méjico como miembro de la misma. De ese modo, virtualmente, el actual Gobierno mejicano hubiese sido reconocido y podría actuar sin trabas y encauzar su vida internacional. Nada se hizo en ese sentido, a pesar de que la idea fué propuesta — entre otros, por quien estas líneas escribe—. La abstención frente a ese problema se explica, ya que ni Francia ni Inglaterra se aventuraban a un reconocimiento que pudiera ser visto con desagrado en Washington. Y si eso sucedió cuando los Estados Unidos permanecen alejados de Europa, piense el lector lo que acaecería desde el momento en que Norte América practicase con Europa la política del «do ut des». Un hispano-americanismo eminentemente oratorio o divagador, cuya eficiencia no se proyecte en un sentido depurador y manumitidor, más vale que no exista. Quisimos poner de manifiesto esta realidad, deducida de la utilitaria política de las compensaciones, para recoger lo que D. Baldomero Sanín Cano aduce a propósito de una acción hispano-americana al margen de los Estados Unidos.

Indiscutiblemente, si los Estados Unidos fuesen un día invitados para participar en el planteado Congreso Hispano-americano, aducirían, como muy oportunamente hace constar Sanín Cano, la próxima reunión de los países americanos en Santiago de Chile. Pero la respuesta podía ser objeto de una contrarrespuesta concluyente. En efecto, esas conferencias pan-americanas, más que a formar una conciencia americana, sirven de un modo indirecto a las miras de los Estados Unidos. No olvidemos que su iniciador ha sido un secretario de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, Mr. Blaine, que en Washington está centralizada su actividad y que Repúblicas como la de Méjico, recientemente, rehuyen su colaboración por razones suficientemente significativas. Ese interés de los Estados Unidos hacia una colaboración con otras Repúblicas trasatlánticas, contrasta con la ausencia, por nosotros señalada, cuando se discuten en Washington problemas que, como el del Pacífico, tan de cerca interesan a determinadas Repúblicas.

El Congreso que propuso, con muy buen acierto, el Sr. Sanín Cano, habría de diferir esencialmente de esas reu-

niones. Para España, para las Repúblicas americanas, el problema se cifra en la formación de una conciencia internacional, orientada diáfananamente hacia la realización de una justicia objetiva, que contraste con la «meniere forte» imperante en Europa y fuese un día el núcleo hacia el cual tornase esperanzada la vista el mundo, que sueña con la equidad realizable abriéndose paso entre los hombres.

No dudamos de la sinceridad que animaba al profesor Shephard cuando afirmaba en el Ateneo que los Estados Unidos son una nación hispano-americana. Esa característica les permitiría participar en un Congreso de Hispano-América. Pero téngase presente que a toda labor constructiva deberá preceder una obra depuradora, y llegada esa coyuntura, sería momento oportuno para conceder a los mejicanos la palabra, a fin de que éstos enseñasen al mundo lo que para ellos implicaron las luchas libradas en aquella República entre los Sindicatos petrolíferos «Standard Oil» y «Mexican Eagle». De estas cuestiones ha tratado con insuperable competencia el señor Sanín Cano en la Prensa americana, y él sabe mejor que nosotros de qué modo la independencia de ciertas Repúblicas americanas es meramente nominal en tanto perduren esas luchas libradas por los «Trusts», que constituyen una amenaza constante para la causa de la paz. Baste recordar la indignación que despertó en los petro-

leros ingleses y norteamericanos la Constitución mejicana de 1917, que, con laudable propósito, declaraba el subsuelo de aquel país como perteneciente a la nación. Es preciso que los norteamericanos comprensivos — que, afortunadamente, son muchos — denuncien y condenen esas proyecciones imperialistas censurables, y sobre todo se impone que la Casa Blanca pueda actuar sin sentir de cerca ni de lejos la presión de esos «Trusts» omnipotentes.

Por esta causa nosotros pensábamos — y así lo hacíamos notar en el artículo comentado tan indulgentemente por el Sr. Sanín Cano — en una acción extraoficial que reagrupase cuanto hay de propósito equitativo en América y preparase el advenimiento de una era que posibilitase la actividad hispano-americana sin mediatizaciones.

No es costumbre entre nosotros abordar el problema de América con la mente puesta en realidades. Por eso nosotros quisimos aludir de un modo directo a los obstáculos procedentes de un imperialismo económico. Tal vez no hayamos realizado el propósito perseguido. Pero, por lo menos, que nadie ponga en duda la sinceridad que nos anima y el buen propósito que nos guía. Por algo miramos como cosa propia cuanto afecta a las Repúblicas de origen español.

CAMILO BARCIA

(La Libertad, Madrid.)

Pan-América o Hispano-América

EL Sr. Sanín Cano y D. Augusto Barcia han debatido acerca de si puede o no considerarse a los Estados Unidos como pueblo hispano-americano⁽¹⁾. Hace pocos días que un joven escritor portorriqueño, el Sr. Rivera Chevremont, dió una conferencia en el Ateneo para protestar contra la idea de algún paisano suyo de fundir en una sola la civilización hispánica de su país y la norteamericana. Hoy vamos a hacernos eco de la voz de un pensador sudamericano, don José Ingenieros, quien, en banquete ofrecido por los escritores argentinos al mejicano ilustre don José Vasconcelos, ha partido del hecho de que en la Argentina se tiene idea muy imperfecta de Méjico, debido a que las noticias de este país llegan a Buenos Aires por conducto de las Agencias norteamericanas, para concluir alzando su protesta contra lo que llama «la deslealtad del panamericanismo», porque «la doctrina de Monroe, que pudo pare-

cernos durante un siglo la garantía de nuestra independencia política contra el peligro de conquistas europeas se ha revelado gradualmente como una reserva del Derecho norteamericano a protegernos y a intervenirnos».

El Sr. Ingenieros hizo historia en su discurso de los avances de los Estados Unidos sobre la América latina: posesión de Puerto Rico, imposición de la enmienda Platt a Cuba, amputación de Panamá a Colombia, intervención en Nicaragua para impedir que pueda construirse un canal que rivalice con el de Panamá, expedición a Veracruz, posesión de Haití, ocupación de Santo Domingo... Pero la parte importante de su discurso fué la dedicada a combatir la ilusión sudamericana de que los avances norte-

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consultas: de 2 a 4 h.

EXCEPTO LOS DOMINGOS

— TELEFONO 857

(1) Véanse en este tomo el número 25.